

valiosas consideraciones, gracias a la lucidez del análisis, para una sistematización del fenómeno.

En efecto, nos parece que el mérito más destacado del estudio de Caldera consiste en su capacidad de enfocar y plantear los problemas básicos con los que tendrán que encararse los investigadores que querrán analizar, no ya en términos generales, la comedia romántica española.—PIERO MENARINI (*Universidad de Bolonia. ITALIA. Facultad de Letras*).

“UN HUECO REVESTIDO DE FUROR”

Lo vivo es lo junto.—La imprecisión de la soledad es uno de sus rasgos más inquietantes. El hombre se siente segregado, disgregado de los otros, sin más esperanza que el reticente impulso de la memoria o el esperado amor. El individuo en soledad se mira las manos y ve apenas sombras; ha perdido la candorosa entrega y el pasado. La memoria sólo es posible si hay amor, pero en los desmemoriados sólo se percibe el hueco de lo que está por ganarse. Luis Rosales es el gran poeta del abrazo, por lo que su verso propone siempre alguna formulación nueva para el estrechamiento de los hombres. No se trata de una visión esteticista de la fraternidad humana, ni siquiera de una vertiente emotiva de su poesía. La juntura siempre estrenada y siempre amenazada es una categoría esencial a la vida. Lo demás es engaño o pérdida, o extrañeza, como experimenta el narrador de *La Almadraba*, un ser en suspenso, que «se queda en el aire igual que un paso en vilo, / un paso tartamudo que sólo toca el suelo con un pie». Al igual que la ciudad a la que llega su soledad está «convertida en espera», y en él sólo cabe la angustia y el silencio y «un corazón desconocido, / un corazón sin nombre propio».

*La Almadraba*¹ es la primera parte de *La carta entera*, libro para el cual el poeta planea cinco partes y ya tiene escritas las dos primeras: la presente y *Un rostro en cada ola*, a punto de aparecer.

La Almadraba es un extenso poema compuesto de un prólogo—a propósito de toda la obra—y dos partes desiguales. Aun sin conocer más que parcialmente el próximo texto, considero que el que es motivo de esta nota se asemeja a una introducción al resto.

Un intento de descripción partiendo de un tema antes mencionado

¹ LUIS ROSALES: *La Almadraba*, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1980.

sería: el narrador sufre un proceso de *des-extrañamiento* que culmina en los dos últimos versos en que proclama su pérdida identidad, y sin que ello implique que pueda librarse del todo de esa prisión, pues «la extrañeza es una asignación que nos va a acompañar durante toda nuestra vida». Es un largo camino hacia la vigilia sólo cruzado por el sueño, despertando con cada acometimiento de amor hasta que la sonrisa de Blanca lo resarce del desamparo en que ha estado, se levanta la memoria y comienza a vivir.

Lo cotidiano es también un milagro.—La pátina de lo cotidiano se extiende generalmente con poco prestigio por sobre las fisuras de lo extraordinario. Pero hay momentos en que este estado excepcional de las cosas resulta mostrenco e inútil. Para Luis Rosales toda la vida es un asombro, por lo cual no necesita esperar lo imprevisto.

Ya en *El contenido del corazón* o en *La casa encendida* había un repaso memorioso de los seres amados en su *normalidad*: el juego del escondite con Gerardo, el armario de la madre, la jarra de lirios sobre la mesa. *La Almadraba* es un buen ejemplo de esa «épica de lo cotidiano» que se propone Luis Rosales. Nueva expansión de la verdad de las cosas, y nuevo tributo a la deuda que el poeta confiesa con la generación del 27: la democracia de los sentimientos que entra en la poesía.

En esa «épica de lo cotidiano» se da el encuentro de lo subjetivo y lo objetivo en dos planos fundamentales, que necesariamente se interrelacionan: el proceso del escritor y el proceso de las cosas. El poeta escribe «para encontrarse consigo mismo», como lo define su «amigo universal», y resulta simbólico el verso final, que culmina el desarrollo individual y del poema:

*Nos amamos. Hemos vivido juntos. Me llamo Luis Rosales.
Soy poeta y he nacido en Granada.*

Pero sobre todo, la conciencia del escritor se erige en testigo y su palabra en testimonio, como un empecinado recuento de lo que hay para que sirva de emplazamiento a lo que no hay. Y al mismo tiempo, el poeta atestigua la búsqueda y la alegría, la pureza y el orden, y que «lo necesario estaba ya convertido en preciso».

Hay un elemento común a las dos actitudes del poeta: la ausencia de protagonismo. Lo que habría podido ser un libro de recuerdos entrañables y enriquecedores, ha querido trascender el yo de la única manera que se puede lograr desde el lirismo: abarcando un yo colectivo.

Este libro está demasiado pegado a la vida para remontarse a vagas metafísicas o para perseguir la belleza perfecta de lo intemporal. Dentro de un orden misional de la escritura, el poeta pondrá deteni-

miento y piedad en su mirada para atender al hombre de su tiempo, a su amigo, a su espejo.

VIVIMOS ARROJADOS EN EL MUNDO Y NUESTRA PIEL SE ENCUENTRA
[ARDIENDO;

pon en orden tus llagas y disponte a escribir,

.....

en rigor basta ser minucioso para ser objetivo

*y yo pretendo hacer un libro minucioso y absurdo sobre el hombre actual
y su creciente desamparo.*

En realidad «basta atender». El poeta eleva su voz de protesta contra el aislamiento, contra la autosuficiencia completamente inútil del hombre de hoy. Y comprueba al mismo tiempo, la abundancia y desperdicio de la palabra enredada en intentos hiper-reflexivos de explicación del mundo. El escepticismo del poeta se expresa mediante el sarcasmo—un nuevo tono en la poética de Luis Rosales—y la presentación paradigmática—y, por tanto, ideal—de seres y situaciones. Sería erróneo suponer una actitud estática en esa «atención». Por el contrario, se reivindica la salud del «suceder» a través del ejercicio de un sentido, el de la vista; la turbulencia vital del mundo entra en el poema (páginas 64 a 66). Porque, en definitiva, «lo sencillo es vivir»... La libertad es aceptar, pero también es elegir. Y el silencio no inmoviliza, sino que es relacional, un vehículo perfecto del sentimiento:

llegamos sin hablar para no interrumpirnos,

para no interrumpir nuestro contacto silencioso, participante y hacedor.

Vivir era su oficio.—Si se busca al hombre hay que ir derechamente a él y no quedarse en sus aledaños. A veces buscando al otro se encuentra uno mismo. A veces basta encontrarse a sí mismo para encontrar al hombre. El poeta-testigo de *La Almadraba* recobra su ser-hombre cuando el «amigo universal» le indica el camino hacia el amor. En el proceso de *des-extrañamiento*, que mencionamos antes, hay primero un deslumbramiento: «Sólo quería saber cómo era un hombre / y ya lo estaba viendo». Luego sobreviene la confianza, la paz que presagia el recuerdo: «me volvió a mirar con la mirada de anteayer, / para darme facilidades, / y hacerlo todo originario». Por último, una voz, una mirada, la mano que lo pone de pie, porque «hay personas tan vivas que cuando te saludan te despiertan».

Hay una contraposición rotunda entre el sueño, en el que aparece lo material, el dolor y la muerte, y la realidad donde está, inicial, primigenio, un hombre, un salvador que lo arranca de aquella muerte. El